

primera intención, el *Turguenev* de Maurois, y vislumbrar la distribución y los títulos de la obra, se nos antoja que ésta es más un ensayo crítico que una biografía. Pero no es así; tiene de los dos elementos. Más el crítico desaparece bajo la capa del biógrafo y la exposición de los libros de Turguenev, en esquemas argumentales, añade un nuevo interés a su figura. Se acercan las creaciones al autor y forman con él un conjunto tan certero de personalidad, que de haber prescindido de ellas, el personaje hubiera quedado en un aislamiento de pobreza novelesca.

Ha sido un acierto unir a la vida del biografiado, en concéntricas, las vidas de sus hijos literarios y la vida de su país y de su ambiente. Círculos que, graduados, dejan la impresión de una perfecta sencillez. Este es el Maurois de Disraeli, antes y de Turguenev, ahora.

Sus amistades con los grandes franceses de la época, su amor a Madame Viardot (llena de sangre española) en el que resplandece una originalidad extraordinaria, su vida de viajero infatigable, nostálgico siempre de donde no estaba (y esto no es una verdad de Pero-Grullo) las sociedades que frecuentó, quedan diseñadas de mano maestra en el libro que, por otra parte, lleva en él una amena distribución de los hechos que hace seguirlos insensiblemente.

A los que ya conocen por la lectura, las páginas de *Humo*, de *Nido de Hidalgos*, de *Anuchka*, les llega la hora de echar una mirada de conjunto sobre la obra completa de este

autor ruso un poco preterido actualmente junto a otros intereses momentáneos. De conocer, además, los inmediatos precedentes para la gran transformación (aparente, al menos) de un país donde las turbas gritaban entonces ¡Viva la Constitución! creyendo que ésta era la esposa del Gran Duque Constantino.—*José María Souviron*.

ELEONORA DUSE, por *Rheinhardt*.

Esta mujer, a la que acompañó la gloria, fué una de las artistas en que se identificaron (cosa rara) la feminidad y el arte. Precisamente de esta fusión le vino el amargor de su vida en la que no podía separar los dos elementos (tal vez, ni quería separarlos) que fueron uno de sus peores enemigos frente a los hombres. En el caso de sus amores con D'Annunzio, cómo sutilmente ha observado Antonio Espina, ella se enamoró del hombre y del poeta. D'Annunzio se enamoró sólo de la artista. Mejor se podría decir que D'Annunzio se enamoró de su propio orgullo, de su vanidad inmensa, que era lo que, al fin, le interesaba.

Rheinhardt, conocedor de la vida de Eleonora Duse, nos da un sutil libro de interés notable (1).

Sin ser una mujer bella, el arte hacía tales maravillas a su conjuro, que bastaban unos minutos en el escenario para que superara a la más hermosa del mundo. Así se lo decía D'Annunzio a Bernard Shaw.

(1) Traducción española por J. Pérez Bances. Ediciones «La Nave», Atenea, Madrid, 1932.

Muchas veces la Duse necesitó poner en su vida el esfuerzo, para llegar al cúmulo en que se mantuvo tan poco tiempo. El suficiente para triunfar. Nació pobre y murió pobre. Conoció la lucha diaria, tanto más dura cuando el temperamento no anhela solamente éxitos vanos de facilidad o moneda, sino triunfo artístico, el más difícil, al que hay que unir la cualidad esencial de las facultades para conseguirlo.

De una sensibilidad sutilísima, hiperestésica, llegó, como la Duncan, a puntos que pudieran muy bien limitar con el ridículo. No quiere decir nada esto, si se mira desde un punto de vista de tiempos y de comprensión. A mí pocas cosas me parecen más ridículas que aquella oración de Renán en la Acrópolis. Pero me la explico, como me explico otras tantas cosas que están lejos de lo vulgar y cotidiano, aunque cerca de lo afectado.

Las encarnaciones que la Duse llevó a efecto, si bien distintas, tenían un común denominador de pasión y de tragedia: Electra y Heda Gabler están equidistantes de un centro, pero en el mismo círculo. Y así sus otras creaciones: Francesca, Gioconda, Therese Raquin, Margarita Gautier...

Anduvo desorientada dentro de un cauce de armonía. Desorientación que a veces la hizo titubear en su concepto artístico. Pero nunca salió de ese cauce, para buscar caminos que le fueran más fáciles. Para ella los caminos muy andados no tenían encanto.

Al través de esta biografía, surge Eleonora Duse con todos sus velos,

sin que por ellos no podamos ver la exacta línea de su trazado vital.

Hizo lo que Rimbaud decía de sí mismo: «He tendido cuerdas de campanario a campanario; guirnaldas de ventana a ventana; cadenas de oro de estrella a estrella, *et je danse*».

Lo que en otros resulta un simple propósito primaveral, en ella fué un sistema de vida. Con sus dos crepúsculos tristes y su mediodía luminoso.—*José María Souviron.*

ENTRE EL AGUA Y LA SELVA VIRGEN, por *Alberto Schweitzer.*

El lector busca muchas veces, en las páginas que va devorando, más que otros elementos, el resplandor más o menos fuerte de la personalidad del que escribe. Cuando esta personalidad aparece diáfana y sin ambajes, tanto mejor para el curioso. Pero cuando surge sencillamente, aun sin el propósito de buscarla, aun sin la intención del escritor de imbuírla en las páginas, el gozo del lector llega a los límites.

Esta obra (1) revela una personalidad tan interesante sin reservas literarias, cuando no ha pretendido el autor sino narrar y atraer, que se hace uno amigo del escritor por el solo hecho de la lectura.

Hombre de una sensibilidad estupenda, Albert Schweitzer, de organista y estudioso musicólogo, pasa a las riberas del Ogúe, en el

(1) Profesor Albert Schweitzer—«Entre el Agua y la Selva Virgen».—Relatos y Reflexiones de un médico en el Africa Ecuatorial.—Prólogo del Dr. A. Lipschütz.—Morata, editor.—Madrid, 1932.